

LA MUERTE DE UN GRAN TEOSOFO

RAFAEL DE ALBEAR —

3880044

Raquel
Por Rafael Catalá

El día 30 de junio, ha muerto en esta capital, el más eminente de los teósofos de Cuba. Si no bastaran a concederle este título a Rafael de Albear sus relevantes cualidades individuales, siempre sería preciso asignárselo por la posición prominente que durante largos años ocupó al frente de la Sección Cubana de la Sociedad Teosófica, y por su consagración de todos los instantes, y de sus energías mejores, a la causa de la Teosofía.

Rafael de Albear y Saint-Just, nacido en la Habana, el día 4 de abril de 1870, era el hijo menor de D. Francisco de Albear y Fernández de Lara, el ilustre ingeniero, constructor, entre otras muchas obras notables, del sistema de aprovisionamiento de agua de nuestra capital. Diecisiete años contaba Rafael de Albear a la muerte de su amado padre, cuya memoria no dejó de venerar con el más acendrado afecto, hasta el fin de su propia vida.

Perteneciente a una familia en que era tradicional la dedicación a las armas, estudió la carrera de militar en Cuba, y luego en la Academia de Valladolid, de donde regresó con el grado de Teniente de Caballería. Casó con la señorita Rosa de la Torre, con quien tuvo cinco hijos, de los que cuatro le sobreviven. Al estallar la Guerra de Independencia, no abandonó el Ejército español por no traicionar la fe jurada, pero, renunciando a ascensos y honores, pidió y obtuvo su traslado al servicio de Guardia Civil, dentro de la ciudad de La Habana, para no combatir contra sus hermanos. Al cesar la dominación española, su amor a la tierra natal y sus afectos familiares, lo llevaron a hacer el sacrificio de su carrera: renunció a su grado, con todos sus beneficios, y modestamente emprendió la lucha por la vida en empresas particulares, hasta que pasó a ocupar un puesto, muy inferior a sus merecimientos, en la Secretaría de Sanidad, y del que hace años se hallaba retirado.

Mientras estas peripecias se sucedían en su vida, había comenzado Albear desde muy joven a dedicarse con ardor a estudios de ocultismo. Perteneciente primero a la Orden Martinista—movimiento interesante y poco conocido,—pronto la abandonó para ingresar, el 26 de junio de 1902, en la Sociedad Teosófica. Pocos años después, en julio de 1908, sus cualidades sobresalientes y la dedicación de su inteligencia y de su actividad a la causa de la Teosofía, lo llevaron a ocupar, no sólo la presidencia de la Logia «Annie Besant»—Logia descansa de la América española, fundada en 1901—sino el más alto cargo dentro de la organización teosófica en nuestro país: el de Secretario General de la Sección Cubana de la Sociedad Teosófica, que sirvió durante 18 años consecutivos, desde el 28 de julio de 1908, hasta el 4 de julio de 1926, y en cuyo desempeño encontró Rafael de Albear el campo más adecuado para la manifestación de sus espléndidas dotes de jefe y organizador y para la expresión de su fervor inagotable por los ideales teosóficos.

El largo período administrativo de

Rafael de Albear, constituye la época hasta aquí de mayor extensión y esplendor de la Sociedad Teosófica en Cuba. Fundáronse bajo su dirección 71 Logias nuevas: 28 en Colombia, 6 en Costa Rica, 3 en El Salvador, 1 en Guatemala, 1 en Honduras, 13 en México, 2 en Nicaragua, 1 en Panamá, 11 en Puerto Rico, 2 en la República Dominicana y 1 en Venezuela; por lo que muy bien ha podido decir nuestro hno. Francisco Castañeda, que fué un espléndido trabajo el de haber llevado así la Teosofía a 11 países hermanos, que por el momento quedaron incorporados a nuestra Sección Cubana. Más tarde, como hijas queridísimas de la Sección Cubana, y propiciadas por la incesante labor de Albear, se fundaron la Sección Mexicana y la Sección Puertorriqueña de la S. T., inauguradas, respectivamente, en 24 de febrero de 1920—con asistencia personal de Rafael de Albear—y en 8 de mayo de 1925. También contribuyó Albear poderosamente a encauzar la fundación de otras tres Secciones: la Argentina, la Chilena y la Brasileña. Inauguradas todas en enero de 1920. He aquí como nuestro hermano Albear, a más de los progresos que hizo alcanzar a la Teosofía en nuestro país, logró para Cuba el galardón de haber sido el núcleo inspirador y el centro organizador del movimiento teosófico en toda la América Hispana, como hizo resaltar en debida oportunidad el gran teósofo C. Jinarajadasa. A más, la actividad intensísima, infatigable, del hermano Albear, hizo que al mismo tiempo pudiera desempeñar la dirección de la Revista Teosófica Cubana, el cargo de Organizador Nacional de la Orden de la Estrella de Oriente, desde su fundación en Cuba hasta su disolución por Krishnamurti en 1928 y también puestos importantes en la Comasonería y en otras organizaciones teosóficas.

En 1926, con motivo de ciertas disensiones surgidas en el seno de la Sección, y cuya prolongación consideraba Albear más perjudicial que para sí mismo, para el prestigio de la Sección Cubana, renunció irrevocablemente al cargo de Secretario General, para el que acababa de ser reelecto por abrumadora mayoría. Tuvo la altísima satisfacción de que su obra fuese calurosamente encomiada por Annie Besant, nuestra gloriosa, inolvidable Presidenta, en su discurso presidencial de 1926. Él siempre la reverenció como amadísima madre espiritual, y ella, a su vez, lo distinguió con su afecto como a hijo devoto y fiel.

Su renuncia al alto cargo que por tan largo tiempo desempeñara—así como a la presidencia de la Logia «Annie Besant»—no significó para Rafael de Albear apartamiento ni aun amortiguamiento de su labor teosófica. Continuó luchando con idéntica dedicación a ese ideal de toda su vida: fué el más eficiente colaborador de casi todos los Secretarios Generales que le sucedieron, volvió a desempeñar por algún tiempo la dirección de la Revista Teosófica, y supo ser el sostén espiritual de muchos de sus hermanos en Teosofía, por su

21

0000045

enseñanza, su consuelo y su consejo

En 1928, un grupo de miembros de la Logia «Annie Besant», deseosos de trabajar y estudiar bajo la dirección del hermano Albear, fundaron la Logia «Heracles», cuya presidencia ocupó desde entonces ininterrumpidamente, hasta su muerte, rodeado de la invariable adhesión, del afecto y del respeto de todos sus presidiados.

En estas notas rápidamente trazadas, no podemos extendernos a analizar todos los aspectos interesantísimos, desde un punto de vista espiritual, de la vida y de la actuación teosófica de Rafael de Albear. Sólo diremos que, para que no faltara ninguna adversidad con poner a prueba el temple excepcional de su carácter, hubo de sufrir durante cuatro meses, todas las angustias y dolores de cruel enfermedad, y que aun en su lecho de muerte hallaba ánimos para interesarse por la gran obra teosófica a que había consagrado toda su vida. El, estamos seguros, ha ido a gozar de premio y descanso, para regresar— renovados los bríos que en la incesante lucha agotó—al combate por el ideal de progreso y de fraternidad que nos infunde la Teosofía. A nosotros nos deja, con el inevitable pesar de la separación de que fuera incomparable amigo, maestro y compañero, el recuerdo imprecederero de esa su noble amistad, de su sabia enseñanza, y el ejemplo fecundo de su consagración a la causa más elevada que es dado a los hombres servir: la gran causa del bien, de la evolución, de la fraternidad humana.

M. Jul 5/38